

DESPUES DE LA NOCHE Y LA GUERRILLA

A lo lejos

la madrugada trayendo la tormenta

Retiro apaga sus luces

suavemente

el viento

tropa

los árboles se mueven muy despacio
sobre plaza San Martín

algo temblequea

un papel

se diluye entre la sombra
y las primeras luces del día

la sorprenden.

Ella se ha mirado en la ciudad vacía

y a pesar de todo

las estrellas

parecen más bellas

esta noche

recuerda

la luna seguía el trayecto del colectivo
y de la Revolución

sobre calle Callao

el grito arrancado

de las paredes

llamando

a la insurrección total

llamando

a los muertos de Trelew.

Algo temblequea

alguien abre la ventana

del décimo piso de enfrente

una antigua pregunta

se escapa

resbala por la calle

choca en la alcantarilla

baja

rebota

sube sube

hasta la duda.

Hace un momento pensaba

que la Revolución a esta hora

tiene el color del asfalto

y otras cosas

como el recuerdo de él

en el momento justo

que juraba seguir viviendo

el viento ha torcido

la ilusión

y los árboles.

Son otras maneras de llorar

distintas formas

de apretar el frío entre las manos

nuevos ruidos

que llegan a palpar

la soledad.

No hay nada más triste

que amanecer

en el balcón de la luna

no hay nada más triste

que retener el amor

cuando muere

el último pájaro.

Después de la noche y la guerrilla

los compañeros caídos

son criaturas abandonadas

en la calle donde siempre llueve

en el dolor

es necesario que estalle

que venga de adentro

es preciso

otro tiempo.

Acaso ella

merecería estar lejos

de este lugar

los edificios se alzan como los signos

de un hombre

que no debió ser así.

Contra los muros

contra las cárceles

contra cada golpe

el peso de la palabra y la acción

del hombre nuevo

por cada combatiente muerto

un fusil apuntando

en la boca del día

de este amanecer

ahora

ella abre los ojos y el corazón

sobre el cielo

de la ciudad

la poesía en su gesto

en la búsqueda del sol entre las nubes

la lucha de clases

en la madrugada

y la tormenta de este día.

La voz de la ciudad

ordenando

vivir

la vida mirando

por un instante

detrás de un vidrio mojado

por sus propias lágrimas

de rabia

de que esto no puede

ni debe ser así.

Algo temblequea

un hombre

un desconocido cruza la calle

en la madrugada de la insurrección

la tempestad

llega del puerto

y no hay más voluntad

que el cigarrillo humeando

o la pulsera comprada en plaza Francia

girando

entre los dedos

y la desolación que cierra la noche

la lluvia incomprensible

dentro de un rato

piensa

descansará rodeando

el brillo de la ciudad.

Ahora

ya mismo

que venga la luz.

Es tiempo del hombre.

Luis Eduardo Alonso



BARRILETE